

Anselmo Lorenzo
LÍDERES OBREROS. BIOGRAFÍAS
Heleno Saña

www.anselmolorenzo.es
Biblioteca La Colmena

Heleno Saña

LIDERES OBREROS
biografias



ANSELMO LORENZO

Entre los grandes pioneros del movimiento obrero español, Anselmo Lorenzo ocupa, sin duda, un puesto de honor. Buenacasa le llamará el “más prestigioso de nuestros hombres de entonces” y Abad de Santillán dirá de él: “Fue una larga vida de trabajo, equilibrada, tesonera. Por un esfuerzo notable de autodidacta, adquirió una cultura a que pocos militantes obreros han llegado, poniendo en toda su obra una gran sensibilidad moral, una integridad y una dignidad imperturbables”. De acuerdo con el testimonio de Adrián del Valle, Anselmo Lorenzo “tenía cierto parecido físico con Pi y Margall, y hasta me parece que moral. Ojos bondadosos, y un modo de hablar suave y sencillo”.

Anselmo Lorenzo Asperilla era natural de Toledo, ciudad en la que vio la luz el 21 de abril de 1841, y que abandonó a los once años de edad para trasladarse a Madrid, donde, después de trabajar como dependiente de una cerería, aprendió la profesión de tipógrafo. Sobre este período inicial de su vida, Lorenzo recordará años más tarde, en una carta escrita a Federico Urales: “De muchacho, al entrar en la adolescencia, pasé una enfermedad que me duró unos cuatro años, y que más de una vez me tuvo a punto de liquidar; siempre que podía, ayudaba a mi madre en su trabajo, y cuando no, leía; entonces leí mucho, aunque con escaso provecho; todo lo nacional y extranjero editado a cuartillo de real la entrega,

pasó ante mí, apelando a parientes, amigos y conocidos y vecinos para tener provisión abundante de lectura”.

En Madrid, el joven Lorenzo frecuentó el Fomento de las Artes, en cuya biblioteca encontró los libros necesarios para saciar su sed de conocimientos y su afán de aprender. Asimismo, asistió a las clases nocturnas para adultos organizadas por el Fomento, y obtuvo, hacia 1864 o 1865, dos medallas por sus excelentes notas en aritmética, gramática y francés. En el curso de las conferencias celebradas en el Fomento de las Artes tuvo ocasión de oír a Segismundo Moret, a Manuel Becerra, a Fernando de Castro, a Serrano y Oteiza, al cura Tapia y otros destacados próceres de la cátedra y la política. Al constituirse en el Fomento un orfeón, Anselmo pasó a formar parte del mismo, conociendo allí a su futuro amigo e internacionalista Tomás González Morago.

Al estallar la revolución de septiembre de 1868, Anselmo tenía veintisiete años. Sus simpatías ideológicas se inclinaban claramente a favor de Pi y Margall, de Proudhon y Fourier, autores de los que conocía algunas obras. En la ya citada carta a Federico Urales recordará: “Mi iniciador en las ideas de reforma social fue Eugenio Sue. *El judío errante* y *Los misterios de París* me dieron una triste idea de la sociedad, produciéndome asombro y desconuelo tan refinada maldad empleada en la lucha de pasiones e intereses tan discordantes... Tuve ocasión de leer a Pi y Margall en sus buenos tiempos, cuando era pensador revolucionario y no había

descendido a jefe de partido... Proudhon acabó de remachar el clavo: leí casi todo lo que de él tradujo Pi, pero lo que me impresionó más fue una obra que creo no ha sido traducida, y que traduciría de buena gana si hubiera editor que quisiera publicarla, titulada *De la creación del orden en la humanidad*".

Llegado Giuseppe Fanelli a Madrid como emisario de Bakunin con el objeto de reclutar adeptos para su Alianza Internacional de la Democracia Socialista, Anselmo Lorenzo se encontraba entre los 40 obreros que se reunieron en casa de Rubau Donadeu para escuchar al revolucionario italiano, que honró al joven toledano con su predilección y confianza particulares.

Tras la constitución del núcleo organizador de la Alianza española, Anselmo Lorenzo, que trabajaba entonces en la imprenta de "El Imparcial", se convirtió en seguida en uno de los principales activistas. En su primera intervención importante como orador, en un patio abarrotado de obreros, Lorenzo dijo: "No venimos a hablaros de república, como parece esperabais; muchos hay que de eso se ocupan con elocuencia superior a la nuestra y con el entusiasmo de los que trabajan por cuenta propia, puesto que aspiran a ser los beneficiados y usufructuarios de ella, dejándoos a vosotros, como trabajadores que sois, a la luna de Valencia, es decir, condenados al trabajo y sometidos a la explotación capitalista, ni más ni menos que sucede en la monarquía".

Por esta época rechazó una oferta de ingresar en la masonería, organización a la que se alistaría más tarde. Elegido por sus compañeros de la Internacional para asistir como orador espontáneo a una reunión convocada en el edificio de la Bolsa por la Asociación para la Reforma de Aranceles, se presentó con su blusa de obrero, pidió la palabra a los sorprendidos burgueses y dijo: “Si esta revolución que acaba de efectuar España ha de tener trascendencia para los futuros destinos de la humanidad; si esa democracia triunfante después de tan costosos sacrificios no ha de convertirse en una decepción que convierta en escépticos a los que hoy confían en ella, es preciso que la igualdad política sea completada con la igualdad social”. Su intervención fue acogida con grandes aplausos, y Lorenzo invitado a tomar asiento en la tribuna presidencial, al lado de Echegaray, Silvela, Segismundo Moret y otras eminencias.

En su segunda, y última, intervención en la Bolsa, Lorenzo aprovechó la ocasión para deslizar en su discurso propaganda extraída de los estatutos de la Alianza, provocando un tumulto entre el auditorio, que, puesto en pie, exigió su expulsión del local. Al comentar al día siguiente la turbulenta sesión, la prensa presentaba a Lorenzo como a un “demagogo furibundo, de aquellos que, sin respeto ni consideraciones a instituciones divinas y humanas, sólo se inspiran en el desenfreno de las pasiones revolucionarias”.

El 24 de diciembre de 1869, Lorenzo apareció como uno de los firmantes del primer manifiesto lanzado por el núcleo organizador

de la Internacional española, en cuya Comisión de Propaganda ocupaba un puesto. En enero de 1870 fue publicado el primer número del periódico “La Solidaridad”, como órgano de la Sección Española de la Asociación Internacional de Trabajadores. Lorenzo, autor del programa, escribía: “Hoy el pueblo trabajador, después de conocer la realidad de su posición en la sociedad y haber experimentado la ineficacia de todos los sistemas religiosos, políticos y sociales para sacarle del inicuo estado de postración a que siempre ha estado condenado, se levanta decidido a tomar esta importante cuestión por su propia cuenta”.

En junio de 1870 tomó parte, como delegado de la sección madrileña, junto con González Morago, Francisco Mora y Enrique Borrel, en el primer Congreso de los internacionalistas españoles, celebrado en el Circo Price, de Barcelona, en el que se acordó oficialmente el ingreso de la Federación Regional española en la Asociación Internacional de Trabajadores. Al discutirse la ponencia sobre política, Lorenzo tuvo una intervención destacada, siendo nombrado miembro del Consejo Federal.

El día del Corpus de 1871, acompañado de Morago y Mora, salió para Portugal con objeto de reclutar adeptos para la formación de una sección portuguesa de la Internacional y de la Alianza de la Democracia Socialista. Al celebrarse en Valencia, en septiembre del mismo año, la Conferencia de la Federación española, Lorenzo acudió, con sus compañeros, a dar cuenta de su mandato como

miembro del Consejo federal. Los delegados asistentes a la reunión le designaron para asistir como representante español a la Conferencia secreta de Londres convocada por la Internacional.

Regresó a Madrid, tomó el tren, cruzó Francia y, después de atravesar el canal de la Mancha, llegó a Londres. La noche de su llegada se hospedó en casa de Carlos Marx, que le ofreció un refrigerio y conversó con él, hasta altas horas de la madrugada, de literatura y teatro españoles. Al día siguiente fue presentado a las hijas de Marx, y por la noche a Engels, que a partir de aquel momento se encargó de guiar los pasos de Lorenzo por la capital inglesa. La gran impresión que en el primer momento le produjeron Marx y otros prohombres de la Internacional se transformó en profunda decepción cuando Lorenzo se dio cuenta de las intrigas y maniobras realizadas por algunos de ellos contra Bakunin. “De la semana empleada en aquella Conferencia —escribiré más tarde— guardo triste recuerdo. El efecto causado en mi ánimo fue desastroso: esperaba yo ver grandes pensadores, heroicos defensores del trabajador, entusiastas propagadores de las nuevas ideas, precursores de aquella sociedad transformada por la Revolución en que se practica la justicia y se disfrutará la felicidad, y en su lugar hallé graves rencillas y tremendas enemistades entre los que debían estar unidos en una voluntad para alcanzar un mismo fin”.

La Internacional era *entonces* objeto de los más vivos debates en el Parlamento español. A su regreso de Londres, Lorenzo participó

en un mitin celebrado el 22 de octubre de 1871 en el teatro Rossini, en el que pronunció sus célebres palabras: “Si a la Internacional se la declara fuera de la ley, la Internacional declarará a la ley fuera de la razón y de la justicia”. Temiendo las represalias del gobierno, el Consejo federal de la Federación española tomó la decisión de preparar su organización clandestina, y Lorenzo recibió la misión de realizar una gira por Andalucía con objeto de seleccionar a los posibles cuadros de militantes. En el curso de su viaje, visitó las federaciones de Sevilla, Carmona, Utrera, Cádiz —donde conoció a Fermín Salvochea—, San Fernando, Puerto Real, Málaga, Loja, Granada y Linares.

Durante su estancia en el extranjero, había sido reelegido miembro del segundo Consejo federal de la Región española, y poco después, en el Congreso de Zaragoza de abril de 1872, nombrado secretario general de ese organismo. Terminado el Congreso de Zaragoza, regresó a Madrid, y de ahí a Valencia, nueva sede del Consejo federal. Pero apenas asumidas sus funciones de secretario general, se vio confrontado con las rencillas internas surgidas en Madrid desde hacía tiempo entre los partidarios de Bakunin y los partidarios de Marx. “Durante el corto período de dos meses que permanecí en Valencia como individuo del Consejo federal sufrí mucho. Mis compañeros me miraban con desconfianza; mi correspondencia particular con los compañeros de Madrid que conmigo habían formado el Consejo federal de Madrid les inquietaba, y llegaron a abrir alguna carta mía antes de entregármela pretextando

que la habían abierto por equivocación”. Esta actitud hacia Lorenzo estaba fundada en la creencia errónea de que el secretario general era una especie de espía de Lafargue, el yerno de Marx, con el que Lorenzo, a pesar de sus divergencias ideológicas, seguía manteniendo amistad. Decepcionado, el 20 de junio de 1872 presentó su dimisión. “Quería Lorenzo conservar la unidad sindical de los trabajadores españoles —anota García Venero—, y convencido de que era impotente para lograrlo, prefirió dimitir y dedicarse exclusivamente a su trabajo de tipógrafo”. Y Max Nettlau: “A partir de junio de 1872, el amor de Lorenzo por la Internacional fue herido de muerte, y su libro lo testimonia”.

De Valencia se trasladó a Barcelona, y de ahí, dos días más tarde, a Vitoria, donde se hallaba su antiguo y entrañable amigo Manuel Cano. Durante dos meses buscó inútilmente trabajo, y al no encontrarlo, decidió marcharse a Bilbao, donde permaneció varias semanas organizando una sección bilbaína de la Internacional. De Bilbao pasó a Burdeos, ciudad en la que no encontró empleo y que abandonó pronto para dirigirse a Marsella. De camino paró en Toulouse y recorrió todas las imprentas existentes en esa ciudad en demanda de trabajo, sin hallarlo. Para poder sufragar el billete de tren hasta Marsella, tuvo que vender su reloj de pulsera. En Montpellier reemplazó durante unas horas a un tipógrafo que se hallaba indispuesto. Llegado a Marsella, pudo por fin encontrar ocupación en una imprenta, pero sólo, separado de su familia y obligado a con-

sumir las horas en la tertulia de un café con otros emigrantes españoles, decidió regresar a Barcelona, en marzo de 1874.

Apenas hubo puesto pie en la ciudad condal, encontró en las Ramblas a su antiguo amigo y correligionario García Viñas. Aquella misma noche acudió a una reunión de internacionalistas, en la que se hallaban presentes Farga Pellicer, los hermanos Albagés, Lluas, Gasull, Nacher y otros destacados militantes catalanes. “Acudí a la cita, y allí sentí la renovación de mi entusiasta energía a la vista de aquellos jóvenes que dirigían en Barcelona, en Cataluña y puede decirse que en toda España el movimiento obrero revolucionario. Nuestras explicaciones y mi manera especial de considerar el proletariado, el ideal emancipador y los conflictos procedentes de nuevas ideas y del choque de las pasiones, allanaron las dificultades y desvanecieron las prevenciones, quedando en paz y buena armonía con todos”.

Después de pasar ciertos apuros económicos, Lorenzo encontró por fin una plaza bien retribuida de corrector en la imprenta de una editorial. Al fallecer su compañero y amigo José Miranda, en cuya casa se hospedaba, compartió con la viuda y su pequeño hijo sus ingresos. Andando el tiempo, ambos se unieron matrimonialmente.

Resuelta su situación personal, se entregó de nuevo a las tareas militantes, esta vez como miembro de la Federación barcelonesa. Pero su origen castellano, el patriotismo local de una parte de los obreros de Barcelona, la situación de clandestinidad en que se ha-

llaba la Internacional en España y las inevitables rivalidades de grupo, dificultaron y ensombrecieron en parte la labor de Lorenzo. Las luchas intestinas en el seno de la Alianza y de la Comisión federal se vieron agravadas por el culto personal que los internacionalistas de Barcelona empezaron a rendir al doctor García Viñas, y que Lorenzo, a su manera, combatió, lo cual acumuló contra él la ira tanto del mismo Viñas como de sus partidarios. “Otra vez el personalismo y los odios se apoderaron de los compañeros, y una vez más la necesidad de intervenir para apaciguar me hizo blanco de la ira del desequilibrado, y la injusta intransigencia, por no decir cobarde sumisión de los compañeros me dejó en situación crítica”.

A pesar de la desazón interior que le producía esta situación, aceptó seguir formando parte del Consejo federal, del que fue reeligido miembro en octubre de 1880 con 25 votos, mientras su rival García Viñas obtuvo sólo 12. En las semanas y meses que siguieron a la votación, se desencadenó una campaña de odio contra él, culminando en la acusación de que Lorenzo había manipulado las elecciones. Sus enemigos, valiéndose de la intriga y de procedimientos ilegales, lograron convocar una Conferencia extraordinaria con objeto de destituir a la Comisión federal elegida en 1880 y reemplazarla por otra. El pleno, celebrado a principios de febrero de 1881, fue una farsa. Los delegados no sólo habían sido reclutados arbitrariamente y carecían de mandato verdadero, sino que eran, con una sola excepción, miembros de la Federación barcelonesa. “Aquellos compañeros —recordará más tarde Lorenzo—, amigos

míos todos en tiempo normal, habían tomado en serio su papel de justicieros. Me designaron un asiento en medio del local y frente a la mesa, produciendo bien el efecto de tribunal ésta y banquillo del acusado aquél. Se me interrogó y acusó duramente; respondí y me defendí con sencillez y sinceridad, y tuve el sentimiento de oír las más apasionadas, falsas y calumniosas acusaciones... La Conferencia extraordinaria estuvo al ínfimo nivel que correspondía a la pequeñez de su objeto. Cuando los jueces de la farsa se creyeron satisfechos, sin más defensa que la que yo mismo hice con la sencillez de mis respuestas, me despidieron, y me retiré con la dolorosa sensación de ver mi entusiasmo por el ideal y mi constante trabajo recompensado por segunda vez con negra ingratitud". Los delegados de la Conferencia acordaron expulsar a Lorenzo de la Federación regional, encargando además a la Federación local que vigilase los pasos del proscrito. El odio de sus enemigos no conocía límites, y no satisfechos con haberle expulsado de la Federación regional, movilizaron toda su influencia para lograr su expulsión de la Sección de Tipógrafos de Barcelona. "Me quedé completamente aislado; nadie me dirigía la palabra; todos mis amigos, puesto que no frecuentaba más amistades que la de algunos compañeros, se apartaron de mí, y quedé reducido a un mínimo de vida inadmisibles para quien, gozando de libertad, necesitaba la amistad, la lucha, la propaganda y la comunión humana". Lorenzo tuvo incluso que presenciar cómo un antiguo amigo suyo escupía en el suelo a su paso.

Ante esa ola de hostilidad, de calumnias y de procesos, Lorenzo reaccionó con la alteza de miras y la serenidad moral del hombre superior: “Grande fue la pena que sentí en aquel momento, pero mi justicia me confortó y me consoló: yo no merecía semejante desprecio, y mi pena se convirtió en lástima por aquel y otros muchos compañeros sugestionados por la calumnia a causa de su ignorancia y débil voluntad”. No se puede hacer responsable a García Viñas de la campaña persecutoria contra Lorenzo, pues aquél, asqueado él mismo por esta atmósfera de rencor y de personalismo, abandonó Barcelona a fines de 1880 para retirarse definitivamente de toda actividad revolucionaria. García Viñas y Lorenzo se reconciliaron más tarde, en 1913, e intercambiaron cartas cordiales y cariñosas, recordando con ánimo sereno sus viejas rencillas.

Durante los tres o cuatro años siguientes, Lorenzo se mantuvo alejado de toda actividad militante, aprovechando la obligada pausa para entregarse al estudio y a la reflexión, convencido interiormente de que “aquel turbión pasaría, y con un ambiente renovado podría dedicarme a la lucha por la conquista del ideal”.

A partir de 1884 y 1885 se vinculó al grupo de La Asociación, órgano de los obreros tipógrafos de Barcelona, fundado en 1883, escribiendo primero artículos técnicos, como “Apuntes ortográficos”, y más tarde políticos, como “La organización obrera” (28 febrero 1886), en el que hacía un llamamiento a la tolerancia y a la libertad dentro del movimiento obrero. “Este artículo —comenta Max Nettlau

— anuncia el regreso de Lorenzo al movimiento de las ideas”. La Asociación constituía un núcleo formado por Llunas, Pellicer Peraire, Canibell y otros destacados dirigentes internacionalistas de tendencia “colectivista”. Empezó también a colaborar en 1886 en “Acracia”, portavoz del grupo de Farga Pellicer, Mella, Tárrida del Mármol y Antonio Pellicer Peraire.

En mayo de 1887 asistió al congreso de la Federación de Trabajadores de la Región española, celebrado en Madrid, declinando un nombramiento como miembro de la Comisión federal. Al año siguiente alcanzó el grado 18 dentro de la masonería, a la que se había acercado en el período de su ostracismo. En marzo de 1891 asistió, en representación de Barcelona, con Pedro Esteve y José Llunas, al congreso celebrado en Madrid por el “Pacto de Unión y Solidaridad”, organización sucesora de la Federación de Trabajadores.

A su regreso actuó como orador y conferenciante en el Circo Equestre y en el Ateneo de Barcelona. Tras la explosión de la bomba en la calle de Cambios Nuevos, el 6 de junio de 1896, fue internado provisionalmente en el castillo de Montjuich. Puesto en libertad, emigró a París, donde trabajó como corrector de imprenta en la editorial Garnier.

De nuevo en España, pasó a colaborar en la “Revista Blanca”, fundada por Federico Urales en 1898. Al fundar Francisco Ferrer Guardia, en 1901, la Escuela Moderna, requirió la colaboración de

Anselmo Lorenzo, que se convirtió en el director de la sección de publicaciones de esa organización, traduciendo del francés varias obras, entre ellas *La gran revolución*, de Kropotkin, y *El hombre y la tierra*, de Eliseo Reclús. A partir de la aparición del semanario “La Huelga General”, el 15 de noviembre de 1901, pasó a formar parte del cuerpo de redacción. Entre 1903 y 1905 escribió también asiduamente en la revista “Natura”. Ese último año publicó su libro *Vía libre*, en el que hacía un resumen de los primeros cincuenta años del movimiento obrero español.

A raíz de las numerosas bombas explotadas en Barcelona entre 1905 y 1907, Lorenzo acusó al gobierno de Maura de favorecer los atentados: “Las bombas que de mucho tiempo acá estallan en las calles de Barcelona se colocan donde sólo pueden producir víctimas entre la clase obrera... La verdad lógica dice que el gobierno, con el uso que está haciendo de la suspensión de garantías... se-cunda conscientemente por maldad o inconscientemente por obce-cación los fines de los autores del terrorismo barcelonés”.

Tras la creación, en agosto de 1907, de la Federación local Solidaridad Obrera, Anselmo Lorenzo se vinculó estrechamente a ese grupo, pasando a colaborar en el periódico del mismo nombre a partir de su fundación, en octubre del mismo año. Desde sus páginas defendió incansablemente la necesidad de que los anar-quistas se incorporasen a las organizaciones sindicales, contribu-

yendo con ello notablemente al surgimiento de la Confederación Nacional del Trabajo.

Al producirse los acontecimientos de la “semana trágica”, en 1909, fue desterrado durante unos meses a Teruel. En 1912 apareció su libro *Vida anarquista*, conteniendo una compilación de trabajos suyos anteriores.

Murió el 30 de noviembre de 1914 en Barcelona, rodeado de la veneración de las nuevas generaciones, que le llamaban “el Abuelo”. “En el entierro —escribirá Buenacasa— estuvieron presentes no sólo los trabajadores sino también muchísimos intelectuales y artistas liberales de Cataluña y representaciones de distintos puntos de España”. Y Gómez Casas: “Con él desapareció el historiador más lúcido y concienzudo del movimiento obrero español en sus orígenes”.